

## Truffaut

Director de cine francés, nacido en París, el 6 de Febrero de 1932, y fallecido en París, el 21 de Octubre de 1984 de un tumor cerebral. El Dictionnaire Illustré du Cinéma ilustra sus comienzos con estas palabras:

*Debutó en el cine como crítico hacia 1951 bajo los auspicios de André Bazin. Colaborador de Cahiers du Cinéma y del seminario Arts, fue durante ocho años un crítico virulento y personal, implacable con las glorias oficiales, las renunciadas de los autores consagrados, los argumentos carentes de verdad y de vida y los procedimientos que hacían que el cine francés se hallara a punto de sucumbir ahogado. Convencido de la necesidad de una revolución sincera, la expresó en voz suficientemente alta para que tal cambio pareciera fácil a cierto número de jóvenes autores, La nueva ola seguida más o menos de cerca por las tentativas de un Astruc, de un Malle, de un Melville, de un Vadim, recibió así buena parte del dinamismo (su virtud más auténtica) del impulso de Truffaut y sus amigos.*

Aunque el texto es perfecto, hay que completarlo. Sin detenerse en entusiasmos cinematográficos sospechosos, en referencias literarias aberrantes y en faltas de ortografía de los equipos de la nueva ola, hay que decir como mínimo, para que la labor de estos autores resulte perfectamente comprensible, que consideraran la crítica como una forma de asesinato. Truffaut declaró esto mismo en la Tribune de Genève:

*Cuando era crítico cinematográfico y no me gustaba una película, actuaba con una mala fe absoluta. No me bastaba con demoler una película que me parecía mala diciendo que era estúpida, que estaba mal hecha y mal interpretada. Tenía que lograr que el público no fuera a verla. Tenía que parar a cualquier precio la explotación de la cinta. Me hubiera gustado decir que sus imágenes eran vulgares, que el sonido era malo, que era inútil acomodarse, ya que no se podía ver ni oír nada de lo que sucedía en la pantalla. Actuaba por orgullo, quería a toda costa que el mundo me escuchara y me obedeciera.*

No se había despojado de esta pasión cuando dirigió los *Mistons*(1958), su primera película: un cortometraje en el que unos graciosos destruyen los carteles anunciadores de la película de un cineasta establecido. La obra, a pesar de cierta frescura, era torpe y trivial. Como mucho aún cabe divertirse hoy en día recordando las influencias que tuvo la película: la de algunos cineastas ensalzados por Truffaut.

Más tarde este joven turco realizó la película que dio origen a su fama: *Los cuatrocientos golpes*. Con excepción de algunas voces discordantes, solo recibió aclamaciones, hoy en día todos los críticos están de acuerdo en que esta producción es parecida a aquellas que Truffaut declaraba detestar, una cinte perfectamente francesa a la que salvaba en cierto modo su fervor. El error del juicio inicial se explica en parte por la fanfarria de los amigos del cineasta, y en parte por el deseo de aquellos a los que había vilipendiado de no mostrar tanto su rencor como su atención. Cocteau se puso a la cabeza del cortejo, después de no haber cesado de proclamar en todo momento Juventud, yo te precedo.

Si la carrera de Truffaut se hubiera detenido allí, habría sido un poco triste, incluso un poco cómico. Pero sucedió que su segundo largometraje, *Tirez sur le pianiste*, reveló la existencia de un creador original; Finalmente, la tercera, *Jules & Jim*, fue viva y tierna, graciosa y bella. A pesar de que el director tomó prestado su argumento, allí evidenció su madurez como cineasta. Importa poco que a este éxito le hubiera precedido un contrasentido: la sátira que constituía el sabor secreto del libro de Henri-Pierre Roché, en el que se basaba la película (producto de un espíritu libertario, que propugnaba el amor libre), despreció casi completamente en beneficio del objeto mismo de su mensaje: el espíritu burgués de los anarquistas que buscan nuevos caminos de interrelación amorosa; De todo ello no queda más que un sabroso resabio de humor negro al final de la película. Este contrasentido fue sin duda inevitable y guarda relación con el significado más profundo de una novela escrita con un pudor malicioso por un hombre casi octogenario que ocultaba sus referencias a las ideas pasadas, cuando no sobrepasadas (que redescubrió el jovencísimo autor de la película y

asumió con su ingenua buena fe.) Tal como se presentó, Jules & Jim fue un divertimento brillante, astuto y tierno, en el que se reservaba a Jeanne Moreau un notable número de actriz. *Tirez sur le pianiste* y *Jules & Jim* muestran la amplitud—pero también las limitaciones—de un talento compuesto por una gran habilidad (por no decir astucia), de mucha sensibilidad e incluso de cierta inquietud, todo ello combinado con ingenuidades y torpezas de autodidacta que solo domina una parcela de la cultura—la cinematográfica—y para el que, además, no existe ninguna otra. Error enorme, por otra parte consciente y casi calculado. Como dijo Freddy Buache a propósito de la segunda película: Elegante como la declaración de amor dirigida al séptimo arte, considerado como una entidad abstracta más que como un instrumento de conocimiento. De ahí se deriva el carácter desenvuelto de la empresa.

La otra característica del joven François salió a la luz con su cuarto largometraje: *La piel suave* (1964); se trata de mística de la burguesía, en la que ofreció un cuadro de esta sociedad. Convertido en productor gracias a su matrimonio, el joven y ambicioso vengador que, siendo periodista se había dedicado a practicar el terrorismo contra la vieja ola a fin de sacarla de una penosa situación (para entrar el mismo en ella), llegó a ser una personalidad prudente encargada de conciliar a aquellos mismos a los que había desacreditado. La aventura se caracterizó por una vulgaridad bastante compartida, aunque es posible que F. Truffaut tuviera conciencia de ello. Su obra; aún vacilante, y sin embargo capaz de desarrollarse admirablemente, no iba a alcanzar su madurez sino después de una discusión fundamental de los conceptos que le habían llevado hasta *La piel suave*. La inteligencia y sensibilidad de este director, su inquietud latente y muchas veces perceptible, merecían algo más que su instalación en la mediocridad del *hombre establecido*. Prudente por no decir precavido, ofreció en 1966 una adaptación fiel y al mismo tiempo superficial, astuta pero timorata, de una célebre novela de ciencia-ficción: Fahrenheit 451.

En su aparente diversidad, sin embargo, la obra de Truffaut, conserva su unidad gracias a la libertad de creación del realizador, de cuya personalidad se deriva precisamente la unidad profunda, un hecho que se da muy poco en el cine